

**¡No Quiero que me den el Premio
Nobel!**

Por

EM Ariza

Freeditorial 

Estábamos tranquilamente de charla Zoilo y yo. Había hecho calor durante todo el día, pero después, tras la cena, se estaba magníficamente en la terraza de su ático desde donde se divisaban las mil luces de la ciudad.

La relajada conversación versaba sobre escritores. Mejor dicho, él hablaba sobre escritores y yo escuchaba; o hacía como que escuchaba, pues era larga la plática y me costaba concentrarme en tantas palabras. Pero, de repente, una frase despertó mi neurona y la puso en situación de alerta.

—Vosotros los escritores –le oí decir—, no siempre conseguís expresar...

Ya no escuché más. Lo que continuó diciendo me daba igual, pues en mi cerebro sólo martilleaba una frase: “¡Vosotros los escritores!” ... ¿Se refería a mí...?

Sí, aunque usted no lo crea, parece que me había llamado escritor. Tantas dudas generó en mi mente esta frase que miré alrededor a ver si allí había alguien más... Pero no, no había nadie, por tanto se debía referir a mí. ¿Yo escritor?... ¿Y dicho por Zoilo?

Mi primera reacción fue de desconcierto, y tras él surgieron nuevas dudas. ¿Habría sido un error de Zoilo? ¿Habría oído mal?

Así que no tenía más remedio que hacer la oportuna pregunta aun a riesgo de caerme del pedestal adonde, en un instante, mi autoestima había trepado.

—Cuando has dicho vosotros los escritores –le interrumpí tras un ligero carraspeo— ¿por casualidad, también te referías a mí?

Me miró relajadamente, y sin la más mínima sombra de ironía respondió.

—Pues claro ¿tú no escribes y publicas...?

—Sí –intenté precisar casi balbuceando—. Pero son relatos cortos que, en realidad, sólo cuentan pequeños sucesos e inquietudes de la vida cotidiana. Eso no es...

—Entonces eres un escritor –me interrumpió—. Pues para ser llamado así lo que hay que hacer es escribir y publicar, cosas que tú haces; y dicha calificación no tiene nada que ver con la extensión de un libro ni con el género del mismo –E insistió—. Por supuesto que eres escritor.

—Visto de esa forma... —hube de admitir—. Tal vez...

—Sí –dijo cortando de nuevo la frase que yo intentaba componer—, me estaba refiriendo a vosotros los escritores cuando expresaba que no siempre...

Otra vez dejé de oírle. Estaba intentando asimilar e interiorizar esta nueva faceta de mí que ni siquiera se me había ocurrido pensar anteriormente: ¿Yo

escritor?... ¡¡Yo escritor!!

Mi mente, como es habitual, comenzó a desbordarse y encadenar pensamientos. *Si soy escritor soy un intelectual. Si soy un intelectual puedo comenzar a soltar frases trascendentes y pedir reconocimiento social. Si alcanzo reconocimiento social, me haré famoso. Si me hago famoso conseguiré las mejores mesas en los restaurantes y firmaré autógrafos...*

Me vi obligado a frenar en seco la cascada de elucubraciones que asaltaban mi mente porque, de repente, fui consciente de que no eran las más brillantes que hubiese podido tener. *¿Las previsibles mejores consecuencias de esta nueva faceta mía serían conseguir buenas mesas en los restaurantes y firmar autógrafos? —Me reproché a mí mismo— ¿Es que actualmente no como en buenos restaurantes? Y, por otro lado, ¿qué tiene de divertido hacer un garabato en un papel o en la camiseta de un desconocido?*

No cabe duda que se habían desordenado mis pensamientos con tanto encadenar reflexiones. Claro, estaba tan sorprendido que toda confusión es explicable. ¡Yo escritor! ¡Quien lo hubiera dicho hace solamente unos minutos!

Mi mente se fue hundiendo en el laberinto de mi recién estrenada condición, mientras Zoilo continuaba hablando sobre algo. Pero he de reconocer que, una vez más, no le oía; aunque eso sí, yo tenía la precaución de mover la cabeza de vez en cuando, en ligero ademán de asentimiento, mientras mi neurona divagaba; ademán que supuse conseguiría proyectar la impresión de una elegante atención a sus palabras por mi parte. Pero no tuvo resultado la estratagema y me pilló.

—¿De verdad que te gustaría? — Oí que me preguntaba de repente.

No sabía cómo disimular que no tenía ni idea de a qué se refería, pues era evidente que había dado mi aprobación a algo, al parecer, no demasiado conveniente.

—Disculpa —no me quedó más remedio que decir—. Quizás he entendido mal tu pregunta. ¿Exactamente te refieres...?

—Preguntaba si te gustaría, como escritor, participar en premios literarios.

¡Ah, era sólo eso!, pensé aliviado. ¡Menos mal!

Tras tranquilizarme maduré un momento la respuesta, para terminar diciendo prudentemente:

—Hombre, depende.

—¿De qué depende?

Al parecer no quería abandonar la presa. Así que no me quedó más

remedio que pensar en otra contestación. Al fin la encontré.

—No me importaría participar en aquellos premios literarios que no estén decididos de antemano.

—¿Y esos cuáles son?

—Pues no sé —respondí de forma precavida— Alguno habrá...

—Si lo convoca una editorial —contestó—, desde antes de empezar habrán acordado quiénes serán los premiados en función a las ventas que prevean; el resto que se presentan sólo son bultos para justificar los premios de los elegidos. Si detrás de un premio literario está una institución política, se lo van a dar al participante más cercano ideológicamente a dicha institución.

—Pues sí que está bien la cosa —contesté, no pudiendo evitar cierta sensación de desilusión.

Se hizo un corto silencio y, de repente, aunque creo que lo comenté más bien como una broma, dije:

—Pues entonces, sólo me queda aspirar al Premio Nobel.

Zoilo me miró fijamente unos segundos, y noté que, inicialmente, no pudo evitar una sonrisa; y que después hacía auténticos esfuerzos para reprimir una carcajada.

La verdad, me molestó. No seré Cervantes, lo admito, pero escribo experiencias y algunos las leen. Reconozco que posiblemente no sea merecedor de un Nobel, pero tampoco había ninguna necesidad de que aquella risita de mi amigo me lo recordara.

—Perdona —dijo Zoilo al percibir mi espíritu herido—. No me río de ti, ni mucho menos. Me río porque el Nobel es, precisamente, el más manipulado de los premios que se dan en todo el mundo. De hecho, peor aún que los de las editoriales y, probablemente, el más político de todos.

Me quedé de piedra. ¿Pero a qué se refería? El prestigio de esos premios es incuestionable y mundial. ¿Cómo se atrevía Zoilo a ponerlos en duda?

—Permíteme sacarte del asombro, y así podrás establecer tu propio juicio cuando oigas la explicación que te voy a dar.

Me arrellané en el asiento dispuesto a escucharlo atentamente porque se trataba de Zoilo. A cualquier otro que hubiese dicho aquel disparate lo hubiese enviado al diablo. Pero continuó.

— En principio es bueno recordar quien fue Nobel. Era un sueco que inventó la dinamita; invento con el que se ha matado a más gente que con cualquier otra arma que la humanidad haya creado, incluyendo las nucleares.

Así que no debería ser alguien para instituir unos premios, sino más bien un personaje para condenarlo al olvido, y con él a su invento con cuyos beneficios económicos se financian los Nobel.

Pensé en decir algo pero, al instante, me arrepentí y callé.

—Después —continuó Zoilo— no creo que desees estar en unos premios a los que fueron candidatos Stalin, Hitler y Mussolini. O formar parte de un club de premiados con el Nobel al que, por ejemplo, pertenece Wilson, presidente americano que metió a su país en la Primera Guerra Mundial, además de invadir México, Haití y República Dominicana; el general Marshall, que dirigió al ejército americano durante la Segunda Guerra Mundial; Arafat, terrorista fundador de septiembre negro; Rabin y Shimon Peres, mandatarios de una Israel que tritura sin contemplación alguna a sus pueblos vecinos; Carter, un pobre hombre que fue presidente americano y que propició, con su ignorancia, el éxito del radicalismo islámico; García Márquez, que facilitó rutas para la distribución y venta de cocaína, colaborando con un loco asesino como Pablo Escobar; Neruda, que escribió odas laudatorias sobre un homicida como Stalin; y en otro plano diferente, pero también con muy poca justificación, el Nobel que le fue concedido a Obama apenas ocupada la presidencia; es decir, antes de hacer absolutamente nada para merecerlo. Supongo que se lo dieron por lo exótico y progre que suponía ser el primer presidente negro de Estados Unidos; aunque, pensándolo bien, creo que el premio se lo deberían haber concedido a los ciudadanos americanos, los cuales, siendo mayoritariamente blancos, eligieron a un hombre de color —hizo una pequeña pausa y siguió—. La antítesis de este caso fue Borges, el magnífico escritor argentino; que, mereciéndolo, nunca lo recibió aunque durante treinta años fue candidato al Nobel de literatura. Los socialistas suecos lo castigaron por dar una conferencia en una universidad chilena en época del dictador Pinochet; pero no tuvieron reparos en concedérselos a escritores que visitaban con regularidad las tiranías comunistas.

Tras oír argumentos tan contundentes me quedé helado, y no crea que por una cuestión climática pues era una noche apacible. Si Zoilo afirma todo esto seguro que, cada una de esas aseveraciones, corresponde a la realidad.

Pero, tras oírlas, no pude evitar sentirme ligeramente aturdido. Mi éxtasis por lo de la calificación de escritor se estaba evaporando rápidamente.

—Entonces —hube de preguntar— ¿por qué tienen tanto prestigio?

—Por un conjunto de manipulaciones interesadas, y por un eficaz manejo de la propaganda.

Estaba desarmado. La verdad es que no sabía qué pensar cuando mi amigo interrumpió mi sensación de desánimo diciéndome.

—El ser humano, por ser un animal gregario, es muy manipulable.

—¿Pero por qué lo han de manipular? —Pregunté— ¿Qué gana el manipulador?

—Poder.

La escueta respuesta dejó bailando mis pensamientos. Pero Zoilo intervino de nuevo.

—Como todas las cosas en la vida existe gente que lo hace muy bien y, otras, fatal. Relacionado con esto último te puedo decir que hace poco pude entender por qué los americanos eligieron para presidente a un grosero como Trump. Lo entendí tras leer con enorme esfuerzo el libro que su oponente Hillary Clinton ha escrito recientemente para explicar su derrota. Es todo un logro de manipulación mal construida y encima aburrido. Lo único que se aprende al leerlo es que los ciudadanos de aquel país tuvieron que escoger entre un grosero y una adolescente de setenta años, la cual parecía ser aspirante a un cargo en una ONG, más que al máximo puesto político de la nación. Se decidieron por el mal menor, el grosero. En cambio —continuó tras una ligera pausa— otras manipulaciones son exitosamente llevadas a la práctica. ¿Deseas oír algunas muy bien realizadas?

Con la cabeza, pues ni siquiera me apetecía hablar, le dije que sí.

— Pues óyeme atentamente. Te voy a poner, sólo como ejemplos, algunos casos innegables de manipulación brillante de hoy y de otros tiempos.

Me arrellané en el asiento intentando concentrarme en sus palabras pues, la verdad, me gusta cómo Zoilo cuenta las historias.

—Existe un caso muy notable de manipulación que estamos viviendo ahora mismo. Me refiero a lo del “calentamiento global” como producto de la acción del hombre por las emisiones de CO₂. Es totalmente falso. Estamos ante una estafa generalizada. Este gas sólo supone el 0,05 de los que componen la atmosfera, y son los volcanes, los bosques y el mar quienes emiten el 95% del CO₂ a dicha atmosfera. La aportación del hombre es insignificante, y sin capacidad alguna para influir en el clima.

—Entonces, ¿por qué todos creemos que somos nosotros los culpables del cambio climático o del calentamiento global?

—Porque muchos interesados nos manipulan para que lo creamos así. Lo primero que hay que precisar es que los que crearon esta “verdad” antes lo llamaban “calentamiento global”; pero cuando las pruebas de que el planeta no se estaba calentando se hicieron irrefutables, lo sustituyeron por el término más genérico de “cambio climático”. El objetivo de esta enorme manipulación es Poder en forma de beneficios económicos y políticos, pues lo han

impulsado, entre otros, países en desarrollo intentando recibir dinero de las naciones más desarrolladas. También, con evidentes y formidables intereses en divulgar este mensaje, están las empresas que construyen y explotan centrales de energía solar, eólica o nuclear. Asimismo lo impulsan con vigor los fabricantes de automóviles, que esperan obligar a que se cambien las flotas de todo el mundo en pocos años. En todo ello están participando de forma activa múltiples periodistas corruptos que cobran de las industrias y gobiernos interesados por difundir esa idea, y también participa mucho ingenuo desinformado. Y, por último, grupos antisistema que ven en la aplicación de esta teoría una posible destrucción del capitalismo occidental al encarecer la energía que utilizan sus fábricas si se les obliga a utilizar las renovables, que siguen siendo muy costosas y poco eficientes; y con esa hipotética destrucción de occidente desean vengar la caída del comunismo —hizo una pausa para después continuar—. Como verás los impulsores de esta “verdad” son un montón de gente diferente que, por motivos muy distintos, tienen el interés común de que esa falacia prospere y se imponga; y la realidad es que casi lo han conseguido. En cualquier caso, hoy se conoce perfectamente que el clima siempre está cambiando, pero que no es por la acción del hombre.

—Entonces ¿qué lo hace cambiar?

—No se tiene la respuesta definitiva, pero los últimos estudios serios parece que lo relacionan con las manchas solares.

Se hizo un breve silencio que me permitió ir asimilando lo que oía. Pero Zoilo estaba lanzado y continuó.

—Te voy a contar otra historia de manipulación, esta vez para conseguir que un apellido no fuese denigrado, y con ello evitar perder imagen pública y poder. ¿Sabías que la familia Kennedy pidió al gobierno americano que abandonase la investigación del asesinato del Presidente?

—Ni idea —confesé asombrado— ¿Y por qué lo hizo?

—Porque no querían que se descubrieran las conexiones que con la mafia de Chicago tenían los Kennedy; conexiones que le habían sido muy útiles para ayudarles a ganar las elecciones presidenciales. Concretamente en los estados de Illinois y Texas consiguieron alterar los resultados electorales que les eran contrarios, y eso le llevó a la presidencia. Nixon su contrincante, tan denostado posteriormente, lo supo, pero para evitar la vergüenza al país no reclamó. Así que los Kennedy ganaron, con trampas pero ganaron; y creyéndose invulnerables olvidaron las promesas que hicieron a los mafiosos a cambio de la ayuda que le habían prestado, y éstos lo asesinaron.

Tras una corta reflexión no pude menos que preguntar:

—¿Eso lo sabe mucha gente?

—Todo este asunto, hasta hace poco, estaba clasificado como secreto de estado para evitar el desprestigio de la democracia americana y de los propios Kennedy. Pero existen múltiples y solidas pistas que ratifican esta realidad. Realidad que ha quedado confirmada por los miles de documentos secretos desclasificados recientemente en Estados Unidos sobre este tema.

No pude menos que expresar lo que me quemaba:

—Entonces, ¿cómo podemos saber si algo es verdad o no lo es? ¿Cómo podemos escapar de los manipuladores?

—No es fácil —respondió Zoilo— La única forma de hacerlo sería aplicando el principio básico de la Ilustración que decía: “No aceptes la verdad que te ofrecen, encuéntrala por ti mismo”. Pero los manipuladores son menos perezosos en crear “verdades” que la mayor parte de los demás en buscarlas. Saben que, controlando la formación y la información de los ciudadanos por medio de las escuelas y los medios de comunicación, consiguen dirigir sus pensamientos, y, por medio de éstos, sus acciones. Saben que siempre es una minoría de personas la que tiene la curiosidad de buscar la Verdad. Eso les permite ganar casi siempre.

Hizo una pausa.

—Otro buen ejemplo de esto —continuó— lo puedes ver en la región española de Cataluña, donde durante más de treinta años, en las escuelas, a los niños les han contado una falsa historia de dicha región; la han manipulado de tal forma que les han hecho creer a muchos de sus ciudadanos que han sido víctima del resto del país, simultáneamente que utilizan perversamente la cultura como arma de desunión en vez de integración. Como consecuencia ahora, al tener esas nuevas generaciones adoctrinadas edad para votar, lo hacen justo como tenían previsto los manipuladores para satisfacer sus propias ambiciones.

—Es cierto —hube de reconocer—, pero eso es algo muy localizado en una pequeña región...

—Pues te voy a poner otro ejemplo de manipulación global que existe hace más de mil setecientos años: El Cristianismo.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

Mi reacción fue fulminante. Lo demás vale, posiblemente todo sea como Zoilo dice; aun así, son asuntos tan importantes que buscaré datos en Google para informarme siguiendo los principios de la Ilustración. Pero lo del Cristianismo manipulación... ¡Vamos, eso es una barbaridad!

—No estoy cuestionando a Jesús —precisó—. Ni mucho menos. Lo que pretendo decir, si eres capaz de prescindir de la parte manipulada de tu cerebro

y lo abres a los hechos, es que el fundador del Cristianismo no fue Jesús, fue el emperador romano Constantino trescientos años después de la muerte de aquél. Y lo hizo por razones políticas, convirtiendo en confesional un estado que siempre había sido laico. Es por aquella decisión que nosotros somos cristianos.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque la sociedad romana se había vuelto, con tantos siglos de paz, fundamentalmente hedonista. Así que pensó sería una buena idea que los ciudadanos observaran el ejemplo de los laboriosos cristianos, a los que creían una secta judía de la que apenas conseguían distinguir. De hecho, fue Constantino quien convocó el primer Concilio cristiano de la historia para fundar esta religión tal como hoy la conocemos. Fue en Nicea, y allí puso orden entre las múltiples corrientes enfrentadas entre sí que ya tenían los cristianos; y también allí decidió que Jesús era hijo de Dios, que María era virgen, y crearon la figura del Espíritu Santo. Todo ello, después, lo envolvió con ritos provenientes de otras religiones de la época, le dio la propia organización administrativa del Imperio romano, y con estos materiales edificó nuestro Cristianismo. A partir de entonces, esta iglesia recién fundada, se dedicó a inventar o exagerar la historia de sus orígenes, incluidos mártires, santos y persecuciones, en búsqueda de legitimidad y prestigio; y desde entonces ha conseguido acumular un inmenso poder durante siglos, que aún conserva en buena parte. En realidad se convirtió en la heredera directa de la autoridad del Imperio Romano cuando este desapareció políticamente. Tanto es así que incluso cuando dicho imperio se escindió entre el de occidente, con capital en Roma, y el de oriente, con capital en Bizancio, los cristianos se escindieron, a su vez, en católicos y ortodoxos con las mismas capitalidades.

Me quedé mudo. Y, tras un largo rato de silencio, lo único que se me ocurrió exclamar fue: ¡¡*La leche...!!*

—La verdad —musitó Zoilo con más seriedad de la que nunca antes le había visto— es que la mayor parte de nuestras convicciones y valores nacen de mentiras originadas con fines de manipular los pensamientos, y como resultado de ello poder controlar nuestras acciones. Pongo otro ejemplo más. Te hablaré de Simón Bolívar, tan de moda en ciertos regímenes actuales de Sudamérica. Hoy sería un individuo acusado de crímenes de guerra; en cambio, en las escuelas venezolanas y colombianas lo siguen presentando como un héroe de la independencia; cuando, en realidad, fue un tipo que asesinó a compatriotas suyos, viejos y enfermos, sacándolos de hospitales para machacarles la cabeza con piedras con el fin de ahorrar balas; que asesinaba a todo el que se rendía sin ningún tipo de juicio; que, por otro lado, intentó regalar Sudamérica a Inglaterra a cambio de que ésta le ayudara a vencer a España con la que estaba resentido porque a su padre y a él le habían negado

unos títulos nobiliarios a los que creían tener derecho. Un hombre que la leyenda posterior viste como héroe y líder de la independencia, cuando lo que allí sucedió en realidad fue una cruel guerra civil, porque peleaban entre sí unos pobladores autóctonos que querían seguir con la metrópolis, con otros que querían independizarse. La España peninsular, por esa época, estaba invadida por Napoleón y no estaba en condiciones de intervenir en ningún lado.

Nos tomamos unos minutos de respiro en la sosegada terraza mirando las luces de la noche, quedando sumergidos en nuestros propios pensamientos. Al cabo de un poco, Zoilo, supongo que al ver mi expresión de desconcierto, continuó hablando en tono suave.

—En todos los lugares y tiempo se ha procurado manipular la opinión pública ya que es la herramienta que usan los gobiernos, y los que aspiran a él, para arrastrar a las personas a las guerras, aturdiéndolas con teóricos valores como patria, gloria y héroes. Es el que emplean las religiones para impulsar a alguien al martirio, prometiéndoles cielos y vírgenes. O es el que utilizan los científicos para convencer de la indiscutible fiabilidad de la ciencia, o los ingenieros para convencer de la total seguridad de las centrales nucleares. En definitiva, la manipulación siempre ha sido, y sigue siendo, la herramienta básica para conseguir que una mayoría de personas actúe contra sus propios intereses, en beneficio de la minoría manipuladora. De hecho, lo primero que hace todo régimen político, sea democrático o dictatorial, es manipular la historia a su manera. Es decir, mintiendo sin rubor sobre lo sucedido en el pasado de su país o en el mundo, con el fin de dominar el pensamiento de sus ciudadanos y legitimarse.

He de reconocer que lo de descubrir la facilidad con la que somos conducidos como ganado no me gusta nada. Tanto, que a veces pienso que preferiría no conocer la *Verdad* sobre las cosas si no las puedo cambiar. Quizá fuese mejor seguir creyendo en los Reyes Magos o en Papa Noel... Tal vez fuésemos más felices. Aunque posiblemente tampoco nos dejarían. En fin, qué lío...

Y de pronto, no sé bien porqué, pensé en la relación de todo esto con los premios Nobel. Un día Zoilo me dijo que los griegos nos dieron la filosofía, los romanos el derecho, y los americanos el espectáculo. Así que supongo que los premios Nobel, al coincidir con la era americana, se asemejan más a un espectáculo que a cualquier otra cosa.

No obstante, tras todo lo aprendido, hay que reconocer que la cosa tiene castaña. El tal Nobel fue un fulano que inventó la dinamita con la que se ha matado a millones de personas —ésta es su gloriosa contribución al género humano—, y encima se permite otorgar premios de la Paz. Supongo que se

refiere a la paz de los cementerios; pues, por ejemplo a Gandhi, el pacifista por antonomasia, nunca se lo concedieron según me ha dicho Zoilo.

Marx el inteligente —es decir Groucho, no Karl que solo fue un chiflado alemán creador de fallidas teorías socioeconómicas—, afirmó aquello de “*Yo no quiero pertenecer a un club que desea tenerme entre sus miembros*”. Pues, en aplicación de este mismo principio, yo no deseo pertenecer a un Club —el de los premiados con el Nobel— que tiene los miembros que tiene, y que fue fundado por un tío que inventó la forma más eficaz de matarnos unos a otros.

Piénselo por un momento y seguro que me comprende. Es como si el estrangulador de Boston hubiese creado un premio a la “Soga más elegante”. O como si el carnicero de Milwaukee otorgara un diploma al “Cuchillo mejor afilado”. Como si Hitler instaurara el premio al judío del año; o Stalin al demócrata del siglo. Como si Drácula instituyera el premio a la mejor transfusión de sangre, Nerón al bombero de la década, o Enrique VIII a la pareja del mes. ¿No le parecerían una sarta de disparates absurdos todos estos premios? Pues, por esa misma razón, yo ya no quiero ser premiado con el Nobel.

EM Ariza

Freeditorial 